

La percepción de su reflejo...

(Aproximación a la
poética de
Gioconda Belli)

Yohana Giraldo Buitrago
Universidad de Cartagena

Resumen

El propósito de este artículo es analizar la relación que Gioconda Belli establece con su cuerpo, y la percepción que plasma de él en *El ojo de la mujer* (1992). Relación que se expresa por medio de diferentes circunstancias que han rodeado su experiencia vital, como por ejemplo, el hecho de haber nacido biológicamente mujer en un mundo androcéntrico, de haber establecido una relación intrínseca con la poesía, y de volver su cuerpo un elemento poético y transgresor de la condición de género.

Palabras clave: cuerpo femenino, género, biológico, sexo, poesía.

Abstract

The purpose of this paper is to analyze the relationship Gioconda Belli establishes with her body, and its perception reflected in *The Eye of a Woman* (1992). Such relationship is expressed through the different circumstances the author has experienced in her personal life. Some examples of those experiences are: being born female in an andro-centric world; having established an intrinsic relationship with poetry, as well as having used her body as a poetic element and as a gender transgressor.

Key words: female body, gender, biological, sex, poetry.

Recibido en noviembre de 2009; aprobado en diciembre de 2009.

Acercamiento al poemario *El ojo de la mujer*

*Dos cosas que yo no decidí
decidieron mi vida: el país donde nací
y el sexo con que vine al mundo.*

Gioconda Belli

La marginalización y la subyugación del género femenino, son las imágenes gastadas que Gioconda Belli subvierte en su poemario *El ojo de la mujer* (1992), a través del mismo lenguaje patriarcal que la condena. Vemos en el recorrido del poemario, como hace de estas imágenes, el pasado que no se debe repetir. Así, genera una imagen de la feminidad como un poder que emana de las características biológicas de la mujer, y además elabora una nueva mirada por medio de su poesía, y exalta todas las características corpóreas y psíquicas de la “naturaleza femenina”.

Por medio de la poesía puede expresar un sentir posiblemente particular, pero su calidad y claridad expresiva, la hacen asequible, cercana y más terrenal al espacio cotidiano, donde muchas mujeres latinoamericanas se sentirían identificadas por las emociones que toca en su obra poética.

Gioconda Belli, conjuga realidades representativas del espacio latinoamericano, y con su necesidad de hacer presencia como mujer en la sociedad nicaragüense, nos lleva a un conocimiento más profundo de las tensiones femeninas en el espacio de la cotidianidad. Como lo apunta Sofia Kearns: “la trayectoria feminista plasmada en Gioconda Belli puede interpretarse como un retrato bastante genuino de las latinoamericanas de carne y hueso de finales del siglo XX y comienzos del XXI, con sus logros y también con su incansable negociación con lo tradicional y moderno de su cultura”. (Kearns, 2007).

La percepción de su reflejo

*Toda palabra traduce una tensión del sujeto
hacia la realidad que se refiere...
La palabra poética es reflejo.
Ella es la luz que no trata de explicar
ni apropiarse nada sino solo de proponerse a la visión.
La palabra poética es reflejo.*

Chantal Maillard

La percepción del reflejo, no es más que la mirada de Belli sobre sí misma, es lo que interpreta de su cuerpo femenino, y de sus experiencias; con lo que finalmente puede armar la reflexión sobre su vida. Es reconocida como una destacada poetisa nicaragüense, que gracias a su creación artística, transmite sensaciones que tocan sensibilidades íntimas, por lo que se ha convertido en un referente de la poesía femenina hispanoamericana.

1.1. La experiencia biológica de ser mujer

Las circunstancias biológicas predisponen la mirada del yo lírico hacia al cuerpo femenino, describe el cuerpo de la poeta Gioconda Belli. Su cuerpo es el elemento que toma para mostrar poéticamente las sensaciones que se generan a través de sus cambios. Entonces, su mirada se trastoca por estos hechos, y hacen que no se sienta aprisionada en un cuerpo que no le permite ser ella misma, por el contrario, es por este cuerpo que siente con más agudeza el mundo que la rodea, y que la hace sentir orgullosa de haber nacido mujer:

Yo era una mujer. En el género humano la única que podía dar vida, la designada para continuar la especie. Los cuerpos humanos eran lo más perfecto de la creación, obras de arte maravillosas y preciosas, pero el de la mujer, por su misma función era aun más bello y asombroso (Belli, 2000, p. 45).

Según lo anterior, es relevante reconocer que en “Y Dios me hizo mujer”, se presenta una descripción de las características corporales, donde aparece un cuerpo que se auto-reconoce en su materialidad por medio de la voz poética, y que se identifica como femenino. Es así como declara desde el principio, una mirada apartir de “El ojo de la mujer”, que es el título del poemario:

Y Dios me hizo mujer,
de pelo largo,
ojos,
nariz y boca de mujer.
Con curvas
y pliegues
y suaves hondonadas
y me cavó por dentro,
me hizo un taller de seres humanos.

Tejió delicadamente mis nervios
 y balanceó con cuidado
 el número de mis hormonas.
 Compuso mi sangre
 y me inyectó con ella
 para que irrigara
 todo mi cuerpo;
 nacieron así las ideas,
 los sueños,
 el instinto.
 Todo lo que creó suavemente
 a martillazos de soplidos
 y taladrazos de amor,
 las mil y una cosas que me hacen mujer todos los días
 por las que me levanto orgullosa
 todas las mañanas
 y bendigo mi sexo.

(“El ojo de la mujer”, 37)

Belli experimenta a través del reconocimiento de su cuerpo, las partes corporales que la identifican como una mujer, y lo que le han enseñado que son los rasgos femeninos, hablando en términos de género, pues tiene “pelo largo,/ ojos,/ nariz y boca de mujer./ Con curvas/ y pliegues” (“El ojo de la mujer”, 37). Después, el yo poético expresa los procesos biológicos que le otorgan el don de crear otro ser humano (maternidad). Pero también, dice que posee otras características que tienen que ver con su interior o su subjetividad: “nacieron así las ideas,/ los sueños,/ el instinto” (“El ojo de la mujer”, 37). En su poética, establece un Dios que es el de la tradición judeocristiana, que la creó en su inmensa complejidad y perfección, donde cada parte de su ser posee una razón de existir, y por ello siente que nada le sobra. Está orgullosa de sentirse y verse como una mujer, con las cualidades que se le otorgan a lo femenino:

Estoy deseando explotar
 como vaina de malinche
 para darle mis semillas al viento.

Perderme por los montes
 embriagándome
 de aire

de flores
borracha de primavera
de amor
de deseos
haciendo nacer árboles,
vida,
desperdigándome por el mundo
en gritos de gozo,
en crujidos de ramas,
ser una con la tierra
en un árbol espeso.
(“Estoy deseando”, 39)

Se incorporan en el poema, las metáforas de su cuerpo con la naturaleza. El yo lírico se concibe como un elemento de la vegetación, que se despoja de su carácter humano para asimilarse como flora: la absorbe y la reinterpreta en su propio cuerpo, como también sucede en “Metamorfosis”.

La enredadera
se me está saliendo
por las orejas.

Mis ojos se han convertido
en pistilos movibles
y mi boca está repleta
de flores moradas.

Mientras camino
sigo llenando de hojas
la casa.

[. . .]
Mi pelo ya no me deja moverme,
está abrazado a las paredes,
los brazos se han hundido
sólo me quedan los dedos
mientras mi cuerpo
se ha vuelto tronco.

Con mis dedos
me toco toda

re-conociéndome
 entre las hojas
 y las ramitas
 y las flores que llenan mi boca
 y han teñido mis dientes.

[. . .]

Mi boca llena de flores moraditas
 ha cuajado mi cuerpo
 y estoy enredadera,
 metamorfoseada,
 espinosa,
 sola,
 hecha naturaleza.

(“Metamorfosis”, 40)

Se asimila de tal forma la naturaleza, que la imaginación creadora la lleva a metamorfosearse, a cambiarse, aunque sea a través de un poema, toda la apariencia física de su cuerpo. Es una experiencia que trata de representar el mundo vegetal. Se puede establecer en este análisis que “esta representación del cambio, se incorpora al discurso lírico como un mecanismo alternativo de indagación sobre la estructura corporal y ansias de redescubrir y reafirmar en cada elemento del universo la identidad femenina” (Benites, 1996, p. 31).

Belli se redescubre en su juego de metáforas, que la convierten en una enredadera que siente y piensa como un ser humano. No se reemplaza la imagen de la enredadera por la imagen de la mujer, ni se niega la una a la otra, por el contrario, ambas subsisten poéticamente por el poder de la palabra metafórica: “me toco toda/ re-conociéndome/ entre las hojas [. . .] Mi boca llena de flores moraditas/ ha cuajado mi cuerpo/ y estoy enredadera/ metamorfoseada” (“Metamorfosis”, 40). Y reafirma su identidad femenina en cada elemento vegetal, por la descripción que hace paso a paso de su cambio; pero no se reemplazan las flores por la boca: “y las flores/ que llenan mi boca/ y han teñido mis dientes” (“Metamorfosis”, 40).

A partir de la experiencia de redescubrir su cuerpo y reafirmarlo en cada elemento de la naturaleza, se presentan: “Menstruación”, “Maternidad II”, “Feto”, “Parto”, “Dando el pecho”, “La muchachita”, “A Melissa, mi hija”; como una serie de poemas que se enfocan en la descripción de dos pro-

cesos biológicos del sexo femenino, como lo son la menstruación y la maternidad, pero que no son descritos como elementos abstractos. Pues se ejemplifican como la expresión de una experiencia personal del yo poético, debido a que estas experiencias son vividas a través del cuerpo de una mujer:

Tengo
 la “enfermedad”
 de las mujeres.
 Mis hormonas
 están alborotadas,
 me siento parte
 de la naturaleza.
 Todos los meses
 esta comunión
 del alma
 y el cuerpo;
 este sentirse objeto
 de leyes naturales
 fuera de control;
 el cerebro recogido
 volviéndose mi vientre.

(“Menstruación”, 61)

Los primeros versos nos muestran la acepción común que se le ha dado al ciclo menstrual, como si este fuese una enfermedad de las mujeres. Pero el yo poético lo coloca entre comillas porque no lo concibe de esa forma. La sensación que causa en este cuerpo femenino, nos da a entender que es algo que depende de un proceso hormonal del cuerpo, que la hace más parte de la naturaleza, donde su alma y su cuerpo se encuentran en una comunicación especial. Su cuerpo está atado a algo que no se puede controlar por gusto propio, pero que la convierte en un elemento más del universo, dentro de una comunión cósmica.

Al abordar el segundo proceso biológico, expresado poéticamente, se puede afirmar que la experiencia del embarazo es la materialización de la fecundación, anteriormente descrita por poemas que introducen las metáforas sexuales y que sugieren directamente la reproducción humana. Los poemas que expresan este proceso materno ya se encuentran desprovistos de la carga erótica del momento sexual, y representan la expresión del

reconocimiento del cambio del cuerpo femenino, que se sigue metafóricamente con la tierra, y con el semen masculino como la semilla:

Mi cuerpo,
 como tierra engrandecida,
 se va extendiendo.
 Ya las planicies de mi vientre,
 van cogiendo la forma
 de una redonda colina palpitante,
 mientras por dentro,
 en quien sabe qué misterio
 de agua, sangre y silencio
 va creciendo como un puño que se abre
 el hijo que sembraste
 en el centro de mi fertilidad.

(“Maternidad II”, 63)

La forma del cuerpo cambia porque se contiene a otro ser que se está creando lentamente. Es un don especial que tiene un misterio imposible de descifrar, y que convierte a la mujer en un ser privilegiado, cuyo cuerpo cambia para contener a un pequeño habitante que se transforma como a un puño que se abre:

Tu
 pequeño ser,
 estas creciendo, dentro de mí
 dándome una nueva dimensión. [...]
 Platicamos sin palabras
 y luego te arrullo con el correr de mi sangre
 y los latidos de mi corazón. [...]
 Eres mi pequeño habitante
 con el que vivo frente a frente
 y yo soy tu saco amniótico,
 diminuta humanidad sin sexo,
 al que a veces imagino mujer
 y otras hombre,
 al que quiero sin ver
 y conozco sin conocer,
 nutriéndote y esperando
 el momento de nuestra cita.

(“Feto”, 64)

En “Feto”, el yo lírico recrea la imagen de una madre que dialoga con su vientre. Ella le habla en segunda persona del singular. El feto le otorga una nueva forma de sentir su propio cuerpo, y a través de este lo puede contener, alimentar y esperar. Ella tiene ansias de conocerlo, sin tener certeza de que sea hombre o mujer. Esta anhelada cita es el parto:

Me acuerdo
cuando nació mi hija.

Yo era solo temblor miedoso,
esperando ver salir de entre mis piernas
un sueño de nueve meses
con cara y sexo.

(“Parto”, 66)

Es la sensación de miedo y de ansiedad que tiene el cuerpo durante el parto, por el hecho de que un sueño de nueve meses –como lo llama el yo poético–, salga de su cuerpo. Aquí, la poeta rememora el momento del nacimiento de una de sus hijas, en donde se desencadena todo lo que implica ser una madre:

Al cogerla tengo que tener cuidado.
Es como tratar de cargar un montoncito de agua
sin que se derrame. [...]
Ella vuelve a ser mía,
pegadita a mí,
dependiendo de mí
como cuando sólo yo la conocía
y vivía en mi vientre.

(“Dando el pecho”, 67)

Para una madre tener un hijo conlleva una serie de situaciones, en especial, la de darle el pecho para alimentarlo. Teniendo la responsabilidad de que en esos momentos, ese ser que se creó siente que es un pedacito de su cuerpo que vuelve a ella cuando lo alimenta de su seno. Gioconda Belli, expresa las primeras impresiones que le causa su hija mientras esta duerme:

Ya se quedó dormida la muchachita.
[...] Terminó su lección de 24 horas en que la vida
es un juguete que se arma y desarma.

[...] mi muchachita-milagro; mi deslumbrante mujercita en miniatura...

Pequeña y misteriosa mano,
pestañas que salieron de mi
vientre.

¿Dónde estará escondida esa maravillosa fuerza
que me tejió por dentro esa muñeca?

¿Cómo fue que el amor floreció de esta manera?

¡Qué estrella me reventó en el sexo
y me entregó este chiquito planeta perfecto...!

(“La muchachita”, 68)

Explorar ese misterio de la creación, es contemplar el cuerpecito que parece un milagro, que no parece real porque parece un juguete. Un pequeño cuerpo en donde se reconoce la perfección del cuerpo humano, y por el cual se desarrolla un amor materno:

Te quiero con el pelo,
los ojos, los brazos y las piernas.

Todo lo que soy yo
te quiere y te conoce.

Mi amor es como cántaro
que, lleno de agua, nunca se rebalsa.

Mi amor me hace universal y planetaria,
me une a los animales y las plantas,
me hace enorme, incontenible, inmensa,
canta en mi cuerpo,
reboza de ternura,
te hace nacer de nuevo
en un parto infinito,
mientras te duermes
apretadita y contenta
contra mí.

(“A Melissa, mi hija”, 69)

A su hija la quiere con todo lo que compone su cuerpo, porque salió de él; es un amor que la conecta con la naturaleza, un amor inagotable que se trasmite con el contacto de la piel, cuando duerme apretadita contra su

pecho de madre. El desarrollo de estos procesos biológicos genera una sensibilidad y un poder especial, que permiten que cada experiencia vivida por trivial que sea, se convierta en un motivo para escribir. Lo vivido le genera a esta poeta ansias de expresarse por medio de la imagen del cuerpo, porque es a través de él que llega a sentir sus emociones y sensaciones, es lo que le da a cada instante de su vida, una trascendencia. Entonces, su tristeza, su nostalgia, su alegría, su tranquilidad, son situaciones que están ligadas a la materialización poética de su cuerpo, que la llevan a ir mostrando poco a poco, la imagen que tiene de sí misma... la percepción de su reflejo.

1.2. Materialización poética del cuerpo en la tristeza y el paso del tiempo.

Una de las sensaciones que a Gioconda Belli la llevan a reflexionar dentro de su creación poética, es la tristeza que carga de una nostalgia enfocada en dos experiencias: la soledad amorosa y la preocupación por el paso del tiempo sobre su cuerpo.

Qué difícil escalar las interrogantes, [...]
sentirte cada día más sola y arrinconada [...]
Quiero la mano que me empuje hacia delante
porque esta confusión que me vuela de un lado a otro,
me ennegrece y está poniendo arrugas en mi frente.
Ya no soy más la que reía ante la tristeza,
la que la ahuyentaba con el palmotear de la mano.
Ahora la tristeza ha hecho nido [...]

(“Ir dejando en jirones la piel en el amor”, 155)

Se describe a sí misma en la soledad, como una mujer frágil que está confundida, llena de angustia; siente un nido dentro de sí, que se ha llenado de una inmensa tristeza, y cuando se encuentra en este estado, su cuerpo se expone al aire:

[...] Estoy como nací –desnuda–
mojada de lágrimas con el pelo chorreándome nostalgia
y un cansancio vetusto acomodado en mis huesos
[...] viento y sopla mi angustia y la desperdiga
y me hace nadar en el aire, retozar en los arroyos [...]

(“Conjuros de la memoria”, 143)

Está desnuda, desprovista de protección, está cansada emocionalmente, se describe como una mujer a la que el dolor de la soledad se la carcome por dentro. Le preocupa enormemente la soledad, y más aún la vejez que se evidencia en el exterior:

Si querés¹ que te diga la verdad:
Jamás quisiera envejecer,
mucho menos morirme.
Difícil se me hace concebir la vida sin belleza.
Imaginarme el cuerpo cediéndole paso
[...] aferro a las curvas de mi cuerpo
a los reflejos limpios de mi carne
y me aterro al observar
las primeras señales del tiempo sobre mi rostro.
[...] Moriré como todos
Me consumiré con mis recuerdos
y tendré que hacerle frente a mis miedos
e inventar una pose grácil
cuando mi estructura se corroa y desvencije [...]

(“Notas para la madurez”, 228)

La reflexión sobre el paso del tiempo en su cuerpo, la hace mostrarse como una mujer que le teme a los cambios de su aspecto físico y a la muerte. Se aferra al pasado del reflejo de su cuerpo, pues, es difícil dejar atrás la belleza de la juventud. Le preocupa dejar de ser atractiva, bella y deseada. Este miedo puede estar determinado por:

La dominación masculina, que convierte a las mujeres en objetos simbólicos cuyo ser (esse) es un ser percibido (percipi), tiene el efecto de colocarlas en estado permanente de inseguridad corporal, o mejor dicho de dependencia simbólica. Existen fundamentalmente por y por la mirada de los demás, es decir, en cuanto a objetos acogedores, atractivos, disponibles (Bourdieu, 2000, p. 83).

¹ Sic. (Así aparece en la edición.)

1.3. Reconstrucción interna, a partir del reconocimiento de sus antepasados.

A pesar de sentir el miedo por el paso del tiempo, trata de resignarse, puesto que está sujeta a las leyes del universo, intenta desligarse de las miradas, sabe que tarde o temprano tendrá que enfrentarse a sus miedos, a la relatividad de la vida y del cuerpo. Comprende que debe encontrarse más allá de un cuerpo que es percibido:

En el silencio interior
la felicidad enciende lámparas en el pasadizo de las tardes:

I
[...]
Tanto anduve para no encontrarme más que conmigo misma,
con el reflejo del Universo en mis facciones
de premeditada imperfección:
Supe al fin que el aire de las euforias secretas
vive asomado a mi propio rostro [...]

La esencia de ser es multitudinaria
y en su multiplicidad
posee mi nombre.

II
Nunca estuve menos sola, más feliz
que cuando al aceptar lo que nunca sabría
supe quien era.

III
[...]
Y jamás habríamos sido esto que somos
si la conciencia no guardara experiencias ajenas
[...] es inevitable enamorarse de la creación
y sentir el dolor de no ser inmortales.
Pero ven y abandona el egoísta rencor
ante lo incomprensible,
porque la vida se alimenta de la vida [...]
La experiencia de la vida es la pasión de beberla
hasta la embriaguez profunda,
cantar, bailar, decir versos hermosos
y luego dormir.

(“Poemas del encuentro”, 230)

Esta conciencia la hace reaccionar, pues esta comprendiendo que se le puede ir la vida pensando, y debe aprovechar que en su interior habita una multitud de personalidades que alimentan la subjetividad; pero entiende que si no hubiera sido por la experiencia de otros, ella no hubiese sido lo que es. Entonces, abandona los rencores egoístas que por mucho tiempo no ha podido entender, y se dedica a vivir su vida con la sabiduría de la intensidad:

[...] hago surgir en el aire las palabras
 No hay nadie sólo mi cuerpo solo
 mi cuerpo y los cabellos extendidos en imágenes
 estoy yo y están ellas
 las mujeres sin habla
 esas que mis dedos alumbran
 esas que la noche se lleva en su aliento de luna

Mujeres de los siglos me habitan: [...] escribiéndose a sí mismas
 sacudiendo las sombras para alumbrar perfiles
 y dejarse ver por fin
 desnudas de toda convención [...] me sitian con sufrimientos
 las marcas del cuerpo, el alumbramiento de los hijos
 el silencio de las olorosas cocinas, los efímeros tensos
 dormitorios
 mujeres enormes monumentos me circundan
 dicen sus poemas cantan bailan recuperan la voz
 dice: No pude estudiar latín no pude escribir como
 Shakespeare
 Nadie se apiado de mi gusto por la música
 George Sand: Tuve que disfrazarme de hombre, escribí
 oculta en el
 nombre masculino
 Y mas allá Jane Austen acomodando las palabras
 “Orgullo y Perjuicio”
 en un cuaderno en la sala común de la parroquia
 interrumpida innumerablemente por los visitantes [...] ellas perecederas inmortales
 parecieran gozar detrás de las pestañas
 viendo mi cuarto propio [...]

(“Conjunción”, 233)

Retoma la importancia de la frase anunciada en “Poemas del encuentro”: “Y jamás habríamos sido lo que somos/ si la conciencia no guardara experiencias ajenas”. Aquí se sienta a reflexionar, está únicamente acompañada por la geografía de su cuerpo y los libros de unas mujeres del pasado, que el yo poético afirman que la habitan. Sus experiencias sesgadas como escritoras están plasmadas por sus propias palabras, en los libros que ahora se pueden leer y que hablan de su experiencia artística, que se vio obstaculizada por ese pensamiento androcéntrico que las silenciaba por haber nacido de sexo femenino:

Las mujeres siempre han escrito a partir de la tensión entre lo masculino y lo femenino, la tensión que surge de esta construcción socio histórica de los géneros. Lo que quiere decir que las mujeres fueron silenciadas, que tuvieron que elegir otras formas discursivas no consideradas como literarias, pero también que se orientaron en el discurso literario de los hombres y que se adaptaron a sus normas (Bloss, 1995, p. 277).

Estas mujeres recuperan la voz a través de los poemas de Belli. Nuevamente se les da voz, pero ahora ya están libres de artimañas que oculten sus intenciones literarias o su identidad femenina. En “Conjunción”, se mencionan una serie de escritoras y sus experiencias centrales, que gracias a la polifonía utilizada por Belli, toman la voz como si ellas mismas estuvieran hablando. Este poema convierte a Gioconda Belli, en un ejemplo de escritora contemporánea, libre de los prejuicios, con una habitación propia, proporcionada por la independencia económica que la hace libre para expresar sus más íntimos sentimientos, sin temer a la censura social.

Según lo anterior, la poeta adquiere la plena consciencia del pasado que la distingue. A partir de ese instante, desea crecer en todo su esplendor:

[...] tengo que rehacer mi dimensión;
armarme con los tótems de mis antepasados [...]
para golpear de palabras el mundo
con mi cuerpo convertido en arcilla,
moldeado ya,
indeclinable ante las malas miradas [...]
Es duro rechacerse² desde el agua [...]

² Sic.

mientras el brazo extendido del futuro
 desde el espejo me anuncia
 que estoy toda entera,
 dura y frágil,
 dispuesta para el nuevo,
 indescifrable
 mañana.

(“Poda para crecer”, 172)

Este es un esplendor que se explora desde adentro, desde su propia dimensión corporal, aunque sea un trabajo complejo tiene la certeza de reconocerse en el espejo tanto real como imaginario, porque su fragilidad aparente de mujer, es la fortaleza para enfrentar el devenir. Y así reconstruye su imagen por medio de la consciencia del pasado femenino que marcó su vida. A partir del yo poético, intenta reconstruir su vida y reelaborar su espíritu femenino, mediante una de las formas de la inscripción del yo. A través de la segunda persona del singular, establece un diálogo consigo misma, es decir, un tú que es a la vez, un yo:

Armar tu vida.
 Irla haciendo como rompe-cabezas.
 Conjurar el futuro.
 Construir la esperanza.
 Aunque a veces te sintás marchita, cerrada, envuelta en noche
 amarga, punzante tu centro, sabés que siempre habrá sol para
 revivirte, zarandearte, para que levantés la cabeza y volvás
 a sonreír, a estar, con esa fuerza vital que te asemeja a malinche o
 al cortés, cuando secos y mustios persisten, en la certeza vegetal
 de que habrá de llegar el día en que despertarán florecidos,
 vibrantes [...]

(“Armar tu vida”, 102)

“Armar tu vida” nos da la certeza de la inscripción del yo en la segunda persona del singular, que se evidencia en estas frases: “te sintás marchita, cerrada [...] / punzante tu centro, sabés”. En donde entabla un diálogo íntimo consigo misma, con la esperanza que renacerá de nuevo, que retornará la alegría y el florecimiento a su interior, para que nazca otra vez como un día soleado, para enfrentar el mañana con fuerza a pesar de los tropiezos.

La imagen se refleja a través del espejo que fue mencionado de manera explícita en el poema “Poda para crecer”, que hace alusión a la imagen de un cuerpo interior reconstruido en su completud, para enfrentar las circunstancias de la vida. Pero también, el espejo es utilizado para hacer evidente una ausencia o un dolor que ha sido nombrado en la actividad amorosa y erótica.

1.4. El cuerpo como elemento poético. (Conclusión)

Todas las actividades que la poeta desarrolla en su diario vivir, se ven determinadas poéticamente por la presencia de su cuerpo femenino o por una parte de él. Esto se puede comprobar en las metáforas y comparaciones que se hacen en *El ojo de la mujer* (1992). Por ejemplo, en su actividad creadora, donde se expresa una conciencia de la creación poética que le recorre sus arterias: “Mi sangre acarrea letras/ dentro de mi cuerpo [...] brotando una primavera en mis manos [...]” (“Mi sangre”, 74). Además, en la actividad revolucionaria, donde su búsqueda por la identidad nacional la hace construir un cuerpo que la personifica y metaforiza con la geografía de Nicaragua, para el impulso de su espíritu revolucionario: “Ríos me atraviesan,/ montañas horadan mi cuerpo/ y la geografía de este país/ va tomando forma en mí,/ haciéndome lagos, brechas y quebradas,/ tierra donde sembrar el amor [...]” (“Hasta que seamos libres”, 90). Y también en la actividad amorosa y erótica, pues allí la materialización del deseo erótico se manifiesta en el cuerpo de los amantes: “el sudor de la noche salada en/ nuestros cuerpos, untándonos el amor, chorreándolo en el piso en grandes/ olas inmensas” (“Escribirte”, 44); “Mi cuerpo se vuelve planeta inexplorado donde posa el tu-/ yo su navío del espacio” (“Manuscrito”, 135). Esta es la actividad en la que el cuerpo es nombrado en casi todos los poemas, porque es el elemento erótico por excelencia. Entonces, hace presencia tanto el de ella como el del amante, ya sea por medio de la analogía, la metáfora o la comparación.

En última instancia es el cuerpo como elemento poético, donde se materializa la descripción tanto de sus características externas como internas. Es el medio que la poeta utiliza para construir la percepción de su reflejo, que es generada por sus experiencias. De acuerdo con esto, es muy útil y pertinente la propuesta de María de Jesús Benites, que identifica a este poemario como una mirada desde el cuerpo, porque: “[...] la imagen tota-

lizadora y recurrente del cuerpo, es el medio a través del cual la voz lírica transmite, con fuerte intensidad, diversas experiencias que constituyen la trayectoria vital del ser humano” (Benites, 1996, p. 25).

En este orden de ideas, se puede entender que el cuerpo es el sitio desde el cual, no solo se describe a sí misma en su materialidad corporal femenina por medio de la voz del yo lírico, sino que es también un puente por el que pasan las sensaciones que la ayudan a interpretar sus emociones poéticamente.

Aquí se puede destacar la presencia del espejo tanto de manera directa como indirecta, en algunos poemas que lo sitúan como un elemento que da un reflejo de la apariencia física e interna del yo poético. La mirada desde el cuerpo lleva a la voz poética a describirse en su materialidad corporal femenina, y también a describir lo que percibe de su interior de mujer, intentando exponer sus sensaciones, sus experiencias y su personalidad. Según la voz poética, la presencia del espejo es real. Como por ejemplo, en el poema “En la doliente soledad de domingo”:

[...]
 Veo mi cuerpo,
 liso y rosado en el espejo,
 mi cuerpo
 que fue ávido territorio de tus besos,
 este cuerpo lleno de recuerdos [...]
 Veo mis pechos [...]
 Veo mis piernas [...]
 Me veo y no me estoy viendo,
 es un espejo de vos el que se extiende doliente [...]

(“En la doliente soledad de domingo”, 165)

Pero en algunas ocasiones este espejo es imaginario. Este refleja más allá... Refleja los recuerdos en los que su cuerpo estaba acompañado por su amante:

[...]
 Reconocer
 ante el espejo,

la huella
la ausencia de los cuerpos entrelazados
hablándose.

(“Permanencia”, 176)

Refleja el dolor de reconocer que está sola, extrañando un cuerpo que la complementa, pues le ha dejado una huella que solo ve a través de su recuerdo:

[...] astro en las manos,
linterna eterna del camino hacia el espejo
donde volver a mirarme
de cuerpo entero,
protegida,
tomada de la mano,
de la luz [...]

(“Petición”, 178)

Anhela verse acompañada nuevamente. Su completud amorosa sería ese momento deseado. Hay que recordar que “En la doliente soledad de domingo”, “Permanencia” y “Petición”, son poemas que tienen una mirada que está determinada por la soledad y la necesidad amorosa, que hacen que el yo poético se refleje como un ser que desea incesantemente ser amado en su materialidad corporal. El amor es una experiencia que deja un sello imborrable tanto en su piel como en sus recuerdos emocionales, predisponiéndola a ser una mujer apasionada y sensible en su vida amorosa.

Entre otras motivaciones poéticas, “No me arrepiento de nada” es un poema en el que Belli se autodefine, y en donde elabora una autoreflexión o un recuento poético de sus experiencias. Su estructura poética puede ser descrita como si fuese una conclusión de su vida y del poemario:

Desde la mujer que soy
a veces me da por contemplar
aquellas que pude haber sido [...]
que me deseara mi madre.
No sé por qué
toda mi vida me he pasado rebelando
contra ellas [...]
me rebelo contra sus buenos oficios [...]

Estas mujeres, sin embargo,
 me miran desde el interior de sus espejos;
 levantan un dedo acusador [...]

y quisiera ganarme la aceptación universal [...]

la gioconda irreprochable [...]

En esta contradicción invisible
 entre lo que debió haber sido y lo que es [...]

porque no quepo en el molde perfecto de sus sueños
 porque me atrevo a ser esta loca falible, tierna y vulnerable
 que se enamora como puta triste
 de causas justas, hombres hermosos y palabras juguetonas
 porque, de adulta, me atreví a vivir la niñez vedada
 e hice el amor sobre escritorios en horas de oficina
 y rompí los lazos inviolables y me atreví a gozar
 el cuerpo sano y sinuoso [...]

No me arrepiento de nada [...]

esta mujer de pechos en pecho
 y anchas caderas
 que, por mi madre y contra ella,
 me gusta ser.

(“No me arrepiento de nada”, 244)

Esta es una declaración de sus luchas internas. Los poemas son el escenario donde expone esa tensión, de lo que como mujer debió haber sido, lo que fue y lo que es. Se define y autoreafirma con sus propias palabras, como una mujer que desafía los paradigmas sin resignarse, como las mujeres que la juzgan. Se expone como una mujer que sin la prevención del prejuicio o del desprestigio social, es un ser humano con una identificación con lo femenino, desprovista de toda perfección, feliz, sin arrepentimientos por lo decidido, lo vivido o lo recordado.

En definitiva, para tener un conocimiento un poco más amplio de esta artista, y la configuración de su creación poética, se hace necesario reconocer que es a través de su cuerpo que materializa poéticamente sus roles de poetisa, revolucionaria, amante, madre, y sobre todo de mujer; que son expuestos constantemente en cada poema y en cada novela. En todas las expresiones que desee proponer, es ella la que aparece con su intimidad, la cual lleva como un trofeo que la hace sentir orgullosa y soberana de sí misma.

Bibliografía

Belli, G. (1992). *El ojo de la mujer*. Madrid: Visor libros.

_____ (2000). *El país bajo mi piel: memorias de amor y guerra*. Barcelona: Plaza y Janés Editores.

Benites, M. (1996). El mundo poético desde El ojo de la mujer de Gioconda Belli: la mirada desde el cuerpo. En Perilli, C. (Comp.), *Escrituras alternativas en Latinoamérica*. Argentina: Universidad Nacional de Tucumán.

Bloss, A. (1995). *La escritora como heroína*. Nuevo texto crítico. Stanford University. Center of Latin American Studies, Department of Spanish and Portuguese.

Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.

Kearns, S. (2007). *Una ruta hacia la conciencia feminista. La poesía de Gioconda Belli*. Recuperado de: www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v09/kearns.html (3 de agosto, 2007).

Maillard, Ch. (1992) *La creación por la metáfora. Introducción a la razón poética*. Barcelona: Editorial Anthropos.